

Caos o Naturaleza

Martín Ayoš

" Subiré al cielo,
le pondré gatillo a la luna
y desde arriba fusilaré al mundo,
suavemente,
para que esto cambie de una vez."

Raúl González Tuñón

Sobre este escrito

Este libro presenta una etapa de producción dividida en tres partes. La primera: "Siete variaciones sobre: 'No siempre puedes obtener lo que deseas'" y la segunda: "En la bruma de lavanda", fueron escritas en resonancia con la obra del artista plástico Santiago Cucullu, para ser exhibidas, la primera, en una muestra en Salinas Art Center, Kansas, Estados Unidos; y la segunda, en la Galería Labor, México DF, México. La tercera parte: "Afrodita", es un proyecto cuya realización se encuentra todavía en proceso.



Estas tres partes son la fragmentación o, mejor, la imposibilidad de un todo. Si bien existe una línea argumental sobre la que discurren y cuyo matiz principal es la frase que da el título al libro (parafraseo del "Deus sive Natura" de Spinoza), no forman una unidad en sí misma ni necesitan ser leídas en orden una tras otra o dentro de sí mismas.

A todas falta la voz de Cucullu que vibra "fuera de campo"; pero, también, otras producciones que, siendo la repetición de escritos y lecturas anteriores, se repiten también aquí de un modo completamente diferente.

Veó este pequeño escrito en abierto, como si el caos que lo circunda estuviera invaginado entre sus tapas, en los pliegues de sus hojas, en aquello que sus versos no alcanzan a decir.

Agradeceré al lector que haga caso omiso de todo aquello que le disguste y considere sus palabras como una especie de mantra que busca abrir las puertas a lo oscuro.

M.A.

Siete variaciones sobre:
“No siempre puedes obtener lo
que deseas.”

Un poema tonto

Sé de un lugar en donde miles de seres
indeseables
regurgitan cadáveres de otros seres
a quienes, previamente,
les han arrancado los ojos mientras soñaban ser
FELICES.
Pero los
FELICES
son los más indignos:
Ellos han devorado ya los cadáveres de
quienes los devoran
Y es muy probable que se hayan ido a dormir
FELICES
con los estómagos llenos de vísceras humeantes y
FELICES
vomitando sangre
FELIZ
como en una propaganda.

Pero, como se sabe,
como todos sabemos:
En algún momento,
en algún lugar,
Todos
estaremos muertos.

Entonces me sentí peor que nunca

Recuerdo que alguien creía que,
si veía venir un tren,
ese tren no era más ese tren;
sino una especie de nube de paisaje ecuestre,
inmóvil,
pero ya ida;
incluso con todos sus tentáculos.
Porque no podía estar presente ahí:
“Porque ahí venía un tren y no era cuestión de creer en algo
que no existe como, digamos, el mundo que hacemos en
medio.”
Sino de creer que ese tren que no estaba,
que venía, era también esa nube que tampoco estaba
porque ya estaba yéndose
y no se movía, sin embargo,
de ningún lugar .

En medio,
nosotros,
en medio,
no podíamos ser nosotros.

Por eso lo recuerdo,
antes de que suceda
y no podamos sernos otros.

Coq au vin

Estaba quitándole la piel a un pollo
cuando comencé a pensar en Abraham.
Había pasado toda la noche
soñando con perros con máscaras humanas;
probablemente, porque en el piso de arriba
había un altillo repleto de vestidos tuyos.

Rasgando la noche,
había una pintura de una hiena
sorbíendote a través de un tubo de cartón.

Es difícil explicar qué sucede
cuando el murmullo no cesa.

Jamás te lo perdonaré.

Hendí la cuchilla en el tórax del cadáver.
Era demasiado tarde para ser comido.
La angustia me había estado estrangulando
a uno, dos, diez pájaros de distancia.
Pero respiré.

Ya no sentía dolor:
agonizante, recordaba
no haber jurado nada acerca de mi perro
y sí haber penetrado más de una vez tu cuerpo
y haber sido devorado antes de que todo esto
fuera cierto.

Vía láctea

Raúl comenzó a lustrar su ojo de vidrio
y apuntándolo a sus zapatos
le dijo a a su amada:

“Perdoname, Yenny. Pero afuera
hay cien mil lobos babeando sangre
y la noche está un poco fría
y he bebido suficiente leche
para desear degollarlos mañana
o pasado mañana.”

¡Pobre Yenifer! Realmente amaba a Raúl:
Había estado amamantándolo durante años.
Lo había encontrado con el corazón roto,
encima de un pony,
cabalgando a través de un mar fuego.

Era la época en la que a Yenny le gustaba
caminar fuera de la casa,
porque los mirlos le hablaban
y la distraían de las serpientes.

Yenifer estaba desnuda,
le excitaba ver cómo Raúl se lanzaba
sobre cualquier cosa viva.
Le brotaba leche de los pechos
y Raúl la bebía hasta quedar ebrio.

Todos los amantes son diferentes.

Pero ahora a Yenifer le dolían los pechos,
los sentía de hormigón
y las lámparas atrasaban
la llegada del ogro
y Raúl parecía no ofrecerle nada,
nada más que esperar
treinta mil años
hasta que el amor volviera.

“Deja que los lobos aúllen,
dentro de la casa
hay miles de insectos,
quieren quitarnos la vida,
hacer que seamos suyos.
ELLOS quieren comerse mis pechos
cuando se caigan.
Hay un mandril riéndose de mi dolor.
¿No lo ves? Está allí, en tu ojo de vidrio.
¿Qué hay en ese hueco en donde lo depositas, Raúl?
¿Por qué le estás dando más cuidados que a
mi sexo?
¿Cuántas veces entrará aquél mandril
por el hueco húmedo y tibio,
por la vagina que usas para no ver!”

Pero Raúl no respondía.
Había una tempestad arrasando su cerebro.

Su corazón le pertenecía a Yenifer,
pero el mandril le había hincado los dientes
en la glándula pineal.

No era la primera vez que sucedía
y Yenifer sabía que se estaba volviendo
adicto a ver todos sus yoes
repetidos en el círculo vicioso.

Al fin, saltó hacia los lobos,
que la devoraron.

Pero no importaba.
Ambos sabían
que restarían treinta mil años más
para que le creciesen los pechos
y Raúl admirara,
nuevamente,
la vía láctea.

Carta para Estela

Me contaron que estuve muerto, Estela.
No sé cuánto tiempo.
Creo que un año o dos.

Veía la Rosa de los Vientos
clavada en mi frente,
girando en dirección a ninguna parte.

Me parece que había engendrado el Caos,
pero no estoy del todo seguro.
Había un abismo entre yo y yo
y un puente de madera,
así, sin ojos,
un resquicio de mundo,
una demora innecesaria.

Las luces estaban apagadas
y los planetas explotaban como mandarinas.
Y era de día en todo el Universo.
Y salía sangre,
mucho sangre, Estelita.
Como cuando alguien va a nacer,
como cuando alguien va a morir.

El yacaré que devoraba el alma
de mil egipcios, por lo menos,
debe haber llevado un vestido gris
y una lámpara de lava en el muslo

y varios relojes con la inscripción:

"DEUS SIVE NATURA".

Yo no soy San Jorge.

Pero, Estela,

los malditos pájaros tienen razón:

Siempre estuvo todo el Universo,

agreguemos un par de automóviles más,

si te gusta,

pero nada más que eso,

a pesar de nosotros.

Siempre anduvimos errantes,

en el desierto que siempre crecía,

perdidos en la distancia

que separa tus pechos pequeños.

Poema número seis

Soñé con un resplandor,
con ese sol violento e inmediato
que precede al estruendo
que precede al acostumbrado
tiro en la nuca
que nunca llegó
después de ese sol
con un agujero negro.

Pero no había movimiento
en ningún espacio respirable.
Sino un remolino
que succionaba-expulsaba
una fuerza inversa
a otra precedente,
de a ratos superpuesta
de acuerdo a ningún orden ni ley,
a la mera turbulencia.

En la ausencia de espacio
duraba inmóvil,
observando un clítoris pequeño,
hermoso y lúbrico
como jamás vi o pude haber imaginado,
una presentación única y espontánea.

Sentía, pensaba, carente de razón,

que algo se me asomaba
por el lóbulo parietal derecho:
Una ventisca, un chubasco, no lo sé.

No lo supe entonces,
no lo sabré jamás.

Sólo había tiempo,
sin que me fuera mensurable.

Concedo a quien sea o haya sido
la voz que me dijera que,
después de ello,
no habría retorno a mí mismo;
porque la intensidad,
imposible de ser vivida por alguien,
inseparable de la inmediatez,
era todo el caos,
bello sin embargo,
pasmosamente bello
como ese clítoris único,
nihilizante,
zen.

Y porque no lo hubo:
Hubo, sí,
el vértigo
y el clinamen
y nada más
que su repetición eterna.

Nachtmusik

Abrí los ojos.

Dijiste:

"En plena noche,
sobre el mundo en blanco,
nuestros plexos solares irradiaban
la piel del tiempo.

Los innumerables poros

que nos cubren

expelían,

no un humor,

sino la luz

que nos aspira

que nos repite

que aspiramos

que repetimos.

Y ya contraídos,

ya laxos,

éramos-seremos;

porque irradiados,

alimentados de vacío

frenéticamente

hacia-atrás-hacia-adelante-hacia-adelante-hacia-atrás,

invaginados en él,

estallamos

como estrellas microscópicas

hechas de murmullo, murmullo, murmullo,

sólo murmullo."

Yo ví
con mis propios oídos,
en la vibración de tus labios,
en la música de tu lengua,
tres conejos negros
sobre una nube ocre
soplando Nachtmusik
a través de tres enormes navajas.

Pero no eran ellos los músicos,
sino millones de polillas enloquecidas
que aleteaban todo el caos en sus bocas.

Y nosotros:
Entrando y saliendo
de afuera en afuera
ayer-mañana.

Eso fue el cosmos
y nada más.

En la bruma de lavanda

Y en la humedad y tibieza de aquellos huecos,
a través de la membrana gelatinosa,
oía al gusano que roe el vacío.

-Gemía.

Pero, apuñalando conejos ciegos,
la brisa nos envolvía,
invaginando el desierto previo al desierto.

Y estaba aquél hombre
con un agujero en la parte superior del cráneo.
Alrededor de él,
dos conejos sin ojos
escribían con sangre inhumana:
"El mundo ha muerto."

No era ciego: es que jamás había visto, excepto estando despierto.

Había un muro que separaba-unía pasado y futuro.
Detrás de él,
los chacales
hedían a San La Muerte.

Pero era imposible saber quién estaba fuera
y quién dentro.
Pues el muro se invaginaba
e invaginaba la muerte con él,
como si todo el exterior estuviera dentro
y el afuera no fuera más que una promesa
de lo más difícil.

Y cada vez que Clío cantaba,
un chillido inhumano
expelía la muerte del Hombre.

Bebía del pubis de Venus
repleto de cangrejos sagrados.
"Es lo que puede conseguirse
en la época de la Muerte de Dios"

Y era desastroso morir;
pero vivir entre los bifrontes
lo era mucho más.

Y el mundo hablaba por nosotros
y la infamia nos resguardaba
arrojándonos fuera del mundo.

¿Por qué las hienas de fuego
eran todo el lenguaje?
Si el seno del lenguaje nos escondía,
nos arrullaba,
como quien destruye.

Lo que veíamos,
las imágenes,
las veíamos sin ojos,
a través de los labios,
para horadar las palabras muertas.

Errábamos,
con San La Muerte
a ambos lados de la línea.

Entonces sólo había que torcer el camino
para que todos los conejos cupieran
en el útero de la tierra.

El amor es la repetición,
la noche invaginada.

Hay una boca en suelo
que es el útero terrestre.

Hundiéndonos,
llegaríamos tras el muro.
Pero, cuanto más penetrábamos en él,
en lo peor de su estrechez,
el espacio moría.
Nuestros cuerpos-hormiga,
nuestros pliegues de carne,
cavaban y cavaban
sin saber que sólo nos esperaba
la muerte
(o el tiempo).

Podría creerme allí:
donde habitan los insectos.

Sin embargo,
olía la tormenta a kilómetros,
el fin y el principio.

No es que fuera a morir más de lo necesario.

Palpaba el vientre abierto
del caos
y una parte de mí
que no era yo.

Los sentidos no engañan,
perciben lo que ya ha sido
para devolverlo a la tierra
y arrasar el presente.

La bruma nos invadía,
nos arrasaba,
nos devoraba.

Y nuestro deseo no era ceder
sino hacer que su influjo se imponga.

"Abri los ojos
frente a lo otro que me miraba
y que no era
y que podía ser tú
yo
un árbol
una piedra
..."

El graznido de un pájaro.
El fin del desierto.

Veo reír un pez
y presiento el aleteo del caos
arrancándonos la vista
incesantemente,
desuniendo nuestros cuerpos,
incesantemente,
como una máquina perfecta,
impasible
inaudible
invisible...

Como una máquina perfecta.
Incesantemente.
Arrancándonos la vista.
Veo reír un pez
invisible
como el graznido de un pájaro,
impasible
como el fin del desierto.

Había un elefante devorando patas de buey.
Haciendo pasar por sus poros,
un bloque de tiempo,
un mundo-cocodrilo
regado de corazones humanos
arrancados para que el sol no muriera.

Y otro bloque,
más antiguo,
con cabezas sin torsos
y los hierofantes más extraños
y Job
y la práctica ritual del degüello.

Mientras,
era domingo:
Bebíamos sangre
y comíamos el cuerpo de Dios.

Pero el Universo
ya estaba disjunto
y era de noche
para siempre.

Debajo de la serpiente
reptaban todas esas bocas
como babosas gordas
lubricadas con palabras muertas
de todos los objetos del mundo.

Veía los ojos ciegos
de los terneros degollados,
la sangre todavía fresca
manando por un ínfimo agujero.

La misma candidez la había observado,
en algún momento,
en algún lugar,
en miles de rostros humanos.

La muerte ya no estaba,
pero los muertos estaban ahí,
en esos ojos,
víctimas
victimarios...

La promesa de recomposición del cosmos
otra vez perdida
por el orden absurdo
de la mano ejecutora.

El Amor no ha muerto:
El tiempo arrancará los ojos
de todos esos conejos
para hacer el movimiento falso.

Y, asesinando a Cronos,
sembrará el Caos de estrellas
para que Cipris, la diosa,
respire a través de todos los soles,
que son los poros de la noche.

Afrodita

Yo, Nix, soy otro.

Partí de Dock Sud con Dionisos.

Llevábamos vino para unos sufis de Uzbekistán.

Pero nos hundieron mil aviones yanquis comandados por Nestis.

Buscaban liberar una nueva ruta para traficar cocaína desde Libia.

El Dios nos hizo delfines y vagamos por la costa de la India fumando opio y escuchando mantras que rezaban que éramos gotas de agua en el océano.

Crecimos hasta la cresta del Tsunami que barrió la Atlántida y a Platón para bañar de esperma la costa de Chipre, donde permanentemente renaces.

Nos creímos muertos.

Pero, ni bien conseguimos deshacernos de nuestra carne, un hoyo se abrió en el cielo, como si se tratase de un augurio. No era un círculo negro ni un remolino ascendente, sino una especie de horror pendular, como si el horizonte hubiera sido borrado y el tiempo fuera todo el tiempo

y

c

a

y

é

r

a

m

o

s

(¡oh, clinamen!) de ayer a mañana y pasado mañana a través de las capas invisibles de tu piel divina.

Deshecho, me perdí en la noche, aspirado por el vórtice de tu sexo y me arranqué los ojos para ver sin ver tus infinitos poros como soles excéntricos y me crecieron branquias para respirar tu medio húmedo y ser el medio y la muerte plegada.

Lo real, es lo impercedero.
 Cípris, no lo indestructible.
 sino lo

No hay oportunidad para la verdad.
 Todo está hecho de tiempo.

Una mano me sumergía en tu útero.
 (¡Lo bello es terrible y cruel y absurdo y sagrado!).

Detrás de Urano flotaban unos torsos sin cabezas, sin miembros, gritando su angustia a las olas que montábamos. Los había visto antes de partir hacia ningún sitio, mientras me atrapaba el devenir molecular de una mesa y lo sólido desaparecía ante mí, mezclado con el ruido y los rayos catódicos de todos los televisores del mundo y sus algoritmos para generar idiotas y la tierra gruñía como un inmenso vientre descompuesto y comprendía, por vez primera, que no era nadie y que emprendería la tarea de anularme:
 PARA SIEMPRE.

Olía el aroma a jazmín de los pechos de Selene.

Los hombres dormían sobre periódicos muertos, envueltos en el terror atómico o el cataclismo.

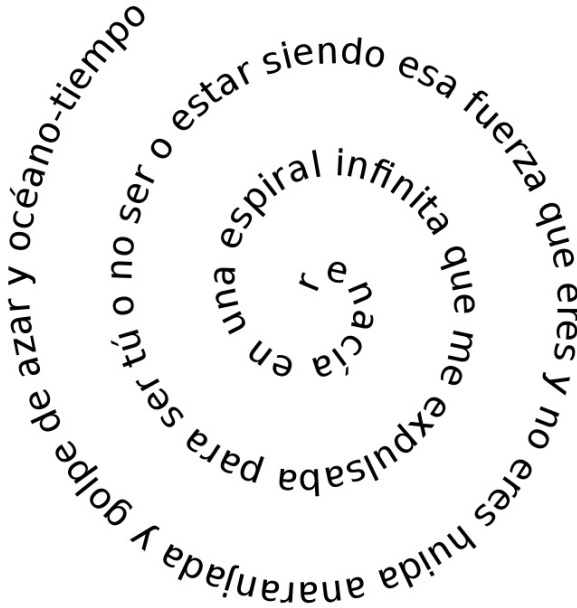
Y nadie
nadie
nadie pensaba
nadie soñaba
nadie quería parpadear un instante para que el mundo desaparezca. Porque a la gente no le gustaba la angustia ni el fin de sus automóviles, así tuvieran que morir Shiva, Quetzalcoatl, Cristo o Spinoza. O la tuviera que quedar el mismísimo Nietzsche, apedreado como una prostituta en medio de ese enjambre de locomotoras repletas de carne rumbo a estrellarse, irremediablemente, contra el fin del último segundo del planeta.

Sentía la presión de tus piernas alrededor de mi rostro y el sabor exquisito de tu vulva derramando su elixir sobre mis labios en medio de la noche locamente violeta del polo sur de Venus.

Artaud tenía razón: Habían arrojado un hechizo sobre los seres vivos:

Siglos de hermetismo y magia y logias y alquimistas y conspiradores y profetas. Siglos de secretos oscuros y siniestros, de maldiciones y complots y guerras y hogueras y destrucción: TODO para vender fideos o crack o la vacuna contra la peste o algún control remoto para vivir en pos de estar muertos.

Pero algo en mí que no era yo, sino un “mí-mismo”, lanzaba mi propio conjuro:

A black spiral graphic on a white background. The text is arranged in a circular pattern following the curve of the spiral. The text reads: "Y en una espiral infinita que me expulsaba para ser tú o no ser o estar siendo esa fuerza que eres y no eres huida anaranjada y golpe de azar y océano-tiempo".

Y en una espiral infinita que me expulsaba para ser tú o no ser o estar siendo esa fuerza que eres y no eres huida anaranjada y golpe de azar y océano-tiempo

Y el universo se expandía y los mundos aullaban su soledad a las galaxias perdidas.

Adoramos a aquel Dios que se
esculpidas: El extraño, El extranjero

Podía observarme cenitalmente:

Bebía la Sangre del Diablo en Buenos Aires.

La Cruz del Sur iluminaba los techos disjuntos a orillas del Riachuelo.

Había una música hipnótica que hablaba de cargueros y sexo y violencia y muerte.

Caronte cobraba seis pesos para cruzar a la Isla Maciel.

A la otra orilla, en las entrañas de la ballena de Job, N.

Perlongher y T. E. Lawrence y Rimbaud y Allen Ginsberg escribían odas para sus marinos amantes. Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania eran nueve hombres de textura enorme, venidos de Babel, adeptos a la aventura y las bebidas fuertes; sodomitas con olor a tabaco y pescado y transpiración rancia; reos reclutados por Osvaldo Lamborghini; asaltados por travestis de Nuestra Señora del Mar, escuchando a los jaguares de Momo, entregados a lemanjá, adornados con plumas celestes y unos peines enormes con los que habían derrotado a Poseidón y pies de tambores y manos de sangre y fiebre y orgías y el Apocalipsis que iría a caer y Sileno reía a carcajadas con el signo COCHABAMBA 444 tatuado en el ojo izquierdo y un coro de sátiros y ninfas cantaban al Dios del Caos... y a ti y a mí.

Diosa: ¿Quién podrá amarte más que este suplicante?

Reclamo todo el poder de lo falso, toda máscara, toda apariencia, para mutar tantas veces como tu placer lo quiera.

Adonis no ha muerto. El Minotauro derrotó a Teseo. Orfeo recuperó a Eurídice.

El tiempo, fuera de sí, nos aspiraba.
Mientras perdíamos el tiempo girando en el vacío del mundo,
nos arrastraban por dentro.

El mundo, el pequeño capullo perdido entre millones de
estrellas ha comenzado a abrirse para expulsar todo el afuera
contenido.
Sólo existirá la vibración desnuda.

AMOR SIVE CHAOS
CHAOS SIVE NATURA
AMOR SIVE NATURA

Eros lo ha subvertido todo:

Me deslizo
por el vértice de
tu fruto, dejándome
llevar por la pendiente.
Cayendo, irremediabilmente,
a través de sus labios carnosos,
de brillo delirante, empapados de
ti misma. Siento lo que debe haber sentido
el caos al crearnos, lo que deben
sentir los soles implosionados.
Penetro por el hueco húmedo
y fértil hacia donde no
hube llegado jamás.
Yo también húmedo
y erecto.

Me derramo, como el sol.

Selene

Tú y yo

somos ajenos al mundo

volamos el puente de madera

que unía las palabras y las cosas

para beber toda la noche de un sorbo

los ojos de tu cuerpo

los árboles que llevas

los animales que eres

la tormenta

el océano

el calor de tus senos

la boca de tu vientre

tu gesto de caos microscópico

y yo

nadie

entre los pájaros de tu espalda

y tu cardúmen dorado

un golpe de suerte

y todos los matices de verde

de tus lagunas recién nacidas

abriéndose

hacia mí

muriendo todas las veces

para encenderte.

Ninfa

Era toda la animalidad que sueñas
las uñas largas como un cadáver
el vello de un fauno
los oídos pegados
a todos los espejos de la garganta
y tus manos acaso tal vez no lo sé
todos los rizos del caos
la risa de las hienas
el llanto de los cocodrilos
toda la inhumanidad de lo mínimo
al otro lado del habla
tu patria de estrellas
y detrás de las cosas
nada.

Empédocles

Ni Moisés, amarillo de rabia, podría separar este mar de fuego.

En cambio,

YO,

DIOS violáceo,

Viril,

Afrodisíaco,

Uno y todos,

atraigo las luciérnagas alucinadas
que conforman la Luna,

tomo impulso, desde el vórtice anaranjado del delirio,
para rasgar el delicado himen de la Noche.

Ciego, como un murciélago,
adoro mi reflejo distorsionado en el espejo roto del Océano
del Caos.

Me reconozco:
soy una niña,
soy una sombra,
soy el Dios renacido del muslo de Zeus.

Mis manos están tías,

mis pies, entumecidos.

Vomito.

El vértigo me anima.

Las antenas de una cucaracha,
las tenazas de la angustia,
los ojos de mil peces irreales
como pezones de vino coagulado
de una puta de jade
sobre la mesa del destierro
me oprimen la garganta
con los dedos negros, gelatinosos,
agusanados, de la MUERTE.

La belleza me hiera.

Me asfixia el viento azul,
que aúlla conmigo
mi larga, interminable caída
hacia el magma de frutillas rojo-sangre.

Lúbrico, ocre, desnudo, me hundo gozosamente
en el húmedo y fértil útero de la Tierra.

Volveré.

Seré el Sol que dore tus senos blanco-jazmín de muchacha,
te veré inmolar de voluptuosidad,

viviré al ritmo de tus rosadas cópulas;
seré el esperma que te fecunde;
seré quien te ame en secreto;
seré también tu confidente y tu protector;
me derramaré sobre todo, azafranado, como una micción
absoluta;
seré el espacio más cercano y más lejano entre dos puntos;
seré la recta y el círculo
y la pendiente en la que el Universo se transforma en línea.

Volveré, eternamente púrpura.

Ni Moisés, amarillo de rabia, podría separar este mar de fuego.

Índice

Índice

Sobre este escrito.	Página 5
Siete variaciones sobre: "No siempre puedes obtener lo que deseas"	Página 7
En la bruma de lavanda	Página 21
Afrodita	Página 41

Este libro está hecho enteramente por su autor: la edición, las ilustraciones, el diseño y la diagramación también. Se permite su reproducción total o parcial, alquiler, préstamo, regalo, etc., sólo a personas físicas o instituciones y/o grupos sin fines de lucro, siempre que sea citada la fuente.

Reservados los Derechos de Propiedad Intelectual:
MMXII

Bajo Licencia Creative Commons 2.5 Ar Sin Derivadas

Impreso en La Imprenta Ya
Buenos Aires, Julio de MMXII

Tirada: 300 ejemplares.